Lope de Rueda



Registro de Representantes

Pasos

textos.info
biblioteca digital abierta

Registro de Representantes

Pasos

Lope de Rueda

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9328

Título: Registro de Representantes
Autor: Lope de Rueda
Etiquetas: Teatro, comedia

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 6 de noviembre de 2026
Fecha de modificación: 6 de noviembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Los lacayos ladrones

Paso cuarto, muy gracioso, agora nuevamente compuesto por Lope de Rueda. Introdúcense en él las personas siguientes:

MADRIGALEJO, *lacayo ladrón.*
MOLINA, *lacayo.*
ALGUACIL.
UN PAJE.

MADRIGALEJO.— ¡Reñego del gran Taborlán y de todos sus consortes y bien allegados, y de toda la canalla que rige y gobierna la infernalísima barca del viejo carcomido Carón, que si entre las manos le tomo ad aquel que semejante palabra y afrenta de la boca se le soltó, si a puros papirotazos no le convierto el pellejo en pergamino virgen!

MOLINA.— Por cierto, ello fue palabra muy mal sonante, señor Madrigalejo.

MADRIGALEJO.— ¿No le paresce a vuestra merced? ¿Cómo es su gracia, señor?

MOLINA.— Señor, Molina, para su servicio.

MADRIGALEJO.— ¿Es bien, señor Molina, que digan de mí semejantes palabras? ¿Hombre era yo que le había d'escalfar su bolsa? ¿Faltábanme a mí dos pares de reales entre amigos?

MOLINA.— ¡Por Dios, señor! Yo no creo tal y pésame de que vi que os trataban mal y acudían tantos contra vos.

MADRIGALEJO.— ¿De dónde bueno es vuestra merced, señor Molina?

MOLINA.— Señor, de Granada.

MADRIGALEJO.— Ahí tuve yo una pasión de harto quilate.

MOLINA

.— ¿Y con quién, señor?

MADRIGALEJO.— Contra la Justicia, cuando menos.

MOLINA.— ¿En qué tiempo?

MADRIGALEJO.— Agora ha cinco años.

MOLINA.— ¡Ta, ta, pecador de mí! Ya se me acuerda. En verdad que le hicieron a vuestra merced harto agravio allí entonces de parte de la Justicia.

MADRIGALEJO.— Ya sé dónde va...

MOLINA.— Sí, sí, cuando le levantaron a vuestra merced que le habían hallado una noche encima de un caballete en casa del chantre.

MADRIGALEJO.— Tiene razón; pero, ¿qué monta? Que si ellos supieran entonces a qué iba, de aquella hecha me ponían de la gorja como calabazón en garabato.

MOLINA.— Decían que le habían tomado con una antepuerta y con un capote guarnescido de un lacayo del mismo dueño de la casa.

MADRIGALEJO.— Así es la verdad, que, como no pude habelle a las manos para matalle, cogile, por vengarme, lo primero que me vino a la mano.

MOLINA.— Ya, ya, ya... Y an por eso decía el pregonero: «¡A este hombre por ladrón!».

MADRIGALEJO.— ¿Vio vuestra merced mejor ánimo de hombre en los días de su vida qu'el que yo llevaba encima de aquel asno, con ser el verdugo el mayor enemigo que tuve en toda aquella tierra?

MOLINA.— Es la verdad.

MADRIGALEJO.— Tan encarnizado le vi contra mis espaldas, que dos o tres veces estuve para descabalgar del asno y no aguardalle más.

MOLINA.— Pues, ¿por qué no lo hacía, señor?

MADRIGALEJO.— ¿Por qué diz que no lo hacía? Porque iba atado,

pecador de mí.

MOLINA.— Yo me espanto cómo no murió de aquella hecha, según llevaba las espaldas.

MADRIGALEJO.— ¡Cómo en aquesas refriegas se ha visto el pobre de Madrigalejo...!

MOLINA.— Es verdad, que ansí lo decían, que otras dos veces le habían dado cien azotes.

MADRIGALEJO.— ¡Juro a tal qu'es la mayor mentira del mundo y que al bellaco que tal inventó le haga conoscer, de mi persona a la suya, que miente como un grandísimo tacaño!

MOLINA.— Pues, ¿no le pasó aqueso en Granada?

MADRIGALEJO.— Es así; y en el Burgo de Osma otra vez. Pero otras dos veces..., el que tal dijere, véngase con espada y capa; veamos si me lo dice delante. Y el que dijere que me dieron cien azotes también miente.

MOLINA.— ¿Cómo, señor, pues lo vimos tantos?

MADRIGALEJO.— ¿Contaron vuestras mercedes los azotes que me dieron?

MOLINA.— ¿Para qué se habían de contar?

MADRIGALEJO.— Pues dígame agora: veinte y cinco paradas de cuatro en cuatro, ¿cuántos son?

MOLINA.— Ciento.

MADRIGALEJO.— Pues, ¡voto a tal!, que no daba vez, vuelta o corcovo con el cuerpo que no le echase al verdugo un azote de clavo. Mire vuestra merced, si en ciento, si no fueron más de quince de menos.

MOLINA.— No hay duda, sino qu'es ansí.

MADRIGALEJO.— Pues, ¿cómo se puede decir con verdad que me dieron cien azotes, faltando al pie de veinte? Tampoco lo qu'el hombre no sufre por su voluntad no se puede llamar afrenta. Comparación: ¿qué se

me da a mí que llamen a uno cornudo, si la bellaquería está en su mujer, sin ser él consentidor?

MOLINA.— Tenéis razón.

MADRIGALEJO.— Pues, ¿qué afrenta recibo yo que me azoten, si es contra mi voluntad y por fuerza? Mas disimúlese, que aquel paje viene con el alguacil, y tome aqueste lío y, por otro tal, vuestra merced me abone y diga que me conosce.

MOLINA.— Sí haré, señor; perdé cuidado.

PAJE.— Señor, aquél de aquel becoquín es el ladrón.

ALGUACIL.— ¿Qué hacéis aquí, gentilhombre?

MADRIGALEJO.— Señor, estoy con este señor, que es compañero y de mi tierra.

ALGUACIL.— ¿Compañero vuestro es?

MOLINA.— Sí, señor.

ALGUACIL.— Vosotros ladrones debéis de ser.

MADRIGALEJO.— Más ha de tres meses que no lo usamos.

ALGUACIL.— Al fin, ¿usábadeslo?

MADRIGALEJO.— Vuestra merced lo dice.

ALGUACIL.— ¿Y de dónde sois?

MADRIGALEJO.— [*A MOLINA.*] Di que de Salamanca.

MOLINA.— De Salamanca somos, señor.

MADRIGALEJO.— Hijos somos de vecinos de Salamanca.

ALGUACIL.— ¿Y a qué venistes aquí?

MADRIGALEJO.— [*A MOLINA.*] Di que a ver la tierra.

MOLINA

.— A ver la tierra, señor.

MADRIGALEJO.— Sí, sí, señor, a ver la tierra.

ALGUACIL.— ¿De qué vevís?

MADRIGALEJO.— Señor, somos oficiales.

ALGUACIL.— ¿Qué oficio?

MADRIGALEJO.— [*A MOLINA.*] Di que sastres.

MOLINA.— Somos sastres, señor.

MADRIGALEJO.— Sí, señor, maestros de tijera somos.

ALGUACIL.— ¿Jurar lo heis?

MADRIGALEJO.— ¡Jesús, señor, sí, cierto!

ALGUACIL.— ¿Que's de unas *Horas* que sacastes a este mozo de la faltriquera?

MADRIGALEJO.— ¿Yo *Horas*? Cáteme vuestra merced...

ALGUACIL.— ¡Esperá! ¿Qué's esto? ¿Y vos no tenéis orejas?

MADRIGALEJO.— Ni las he menester, señor.

ALGUACIL.— ¿Por qué?

MADRIGALEJO.— Porque me las quitaron.

ALGUACIL.— ¿Dónde os las quitaron?

MADRIGALEJO.— Señor, en la toma de San Quintín; peleando, de una cuchillada me las quitaron ambas a dos.

ALGUACIL.— ¿Ambas de una cuchillada?

MADRIGALEJO.— Sí, señor, y an cincuenta que tuviera, según andaba la revuelta.

ALGUACIL

.— Vos maraña traéis.

MADRIGALEJO.— No, señor, aquí traigo el testimonio d'ello.

ALGUACIL.— Enseñá.

MADRIGALEJO.— Tome, señor.

ALGUACIL.— [*Lee.*] «Señor Molina, hágame merced de venirse hacia l'Antigua, por que hagamos partición de aquella bolsa que sangramos a la frutera». ¿Barbero sois de bolsas? ¡Teneldo bien! Y a es'otro mirad lo que lleva debajo la capa.

PAJE.— Lío de ropa me paresce.

ALGUACIL.— Amuestra acá.

MOLINA.— Señor, en mi ánima que no es mío, que éste me lo encomendó.

ALGUACIL.— ¿Que os lo encomendó? En fin, compañeros sois.

MOLINA.— Por mi salud, que no es mi compañero; no lo vi en mi vida, si agora no.

ALGUACIL.— Pues, ¿cómo dijistes antes que era vuestro compañero?

MOLINA.— Señor, por abonallo.

MADRIGALEJO.— Señor, en verdad, sí es, y que las mejores piezas que en mi oficio sé, él me las ha enseñado.

ALGUACIL.— Yo lo creo; ¿y de qué oficio son las piezas?

MADRIGALEJO.— De cortar de tijera, de subir de noche por una pared, aunque no haya candil, y de trastejar, al mejor sueño del dueño de la casa, y de sacar prendas sin mandamiento, y de otras cosillas así manuales que pertenescen así para el oficio. Y algunas veces, hacer de un pedacillo de alambre una llave que hace a cualquier cerradura.

ALGUACIL.— ¡Buena habilidad es aquésa!

MOLINA.— ¿Yo? ¡Válate el diablo, ladrón!

MADRIGALEJO.— En verdad, señor, la primera vez que me afrentaron en Antequera, él iba delante.

ALGUACIL.— Asildos bien. ¿Qué va en este lío? Ganzúas son éstas.

MADRIGALEJO.— Señor, él las hace por extremo.

MOLINA.— ¿Yo? ¡Justicia de Dios!

PAJE.— ¡Aquésas son mis *Horas*, señor alguacil!

MADRIGALEJO.— Si aquésas son tus *Horas*, ¿en qué rezaba yo, ratoncillo?

ALGUACIL.— ¡Rezador está el tiempo! Tirá con ellos, que allá les mostrarán otro oficio.

MADRIGALEJO.— ¿Y qué oficio?

ALGUACIL.— A remar.

MOLINA.— Vamos, que yo daré tal testimonio de mí que se aclare la verdad.

MADRIGALEJO.— Una cosa terná segura, señor Molina: que en azotándole y estando tres o cuatro años en servicio de Su Majestad en galeras, no terná más que ver la Justicia con él que el rey de Francia. Y esto, como testigo de vista.

ALGUACIL.— ¡Andad, andad, tirá delante, no tantas palabras! ¡Estos bellacos tacaños...!

El rufián cobarde

Quinto paso, muy gracioso, agora nuevamente compuesto por Lope de Rueda. Introdúcense en él las personas siguientes:

SIGÜENZA, *lacayo.*
SEBASTIANA, *mundana.*
ESTEPA, *lacayo.*

SIGÜENZA.— Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por extenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga d'ese antuviador de Estepa; que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nascidos y por nascer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA.— Que no, sino cuál hinchiría su cántaro primero a la fuente, venimos a palabras y a las manos, y habiéndome rompido una toca...

SIGÜENZA.— ¡Ah, pese a la puta! ¿Por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA.— ... me llamó de bordonera, piquera y que su servilla valía más que todo mi linaje.

SIGÜENZA.— ¡Ah, putañona! ¡Como si yo no supiese que su madre fue una segunda Celestina!

SEBASTIANA.— Y amenazándola yo contigo, me dijo: «Váyase el ladrón desorejado...

SIGÜENZA.— ¿Que tal osó decir? ¡Ah, Dios, y cómo no se hunde la tierra!

SEBASTIANA.— ... que si no se huyera de la cárcel como se huyó, le hicieran escribano real y le pusieran en la mano una péndola de veinte y cinco palmos».

SIGÜENZA.— ¡Toma y si sabe de metáforas la poltronaza!

SEBASTIANA.— Y otras veinte bellaquerías que, por no darte enojo, dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGÜENZA.— Ya, ya, no me digas más. «¡Ladrón desorejado!». ¿Y de dónde le han nascido alas a esa lendrosilla? ¡Déjame con ella! Pero quien viere un hombre como yo tomarse como una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA.— La sucia, como te ve con ese becoquín de orejas y los lados rasos, atrévese a hablar, diciendo que te las cortaron por ladrón.

SIGÜENZA.— ¡Ah, pícara! ¿Por ladrón a mí? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA.— Yo te creo; pero dime, señor Sigüenza: ¿cómo te lisiaron d'ellas?

SIGÜENZA.— En el año de quinientos y cuarenta y seis, a nueve días andados del mes de abril, la cual historia se hallará hoy en día escrita en una tabla de cedro en la casa del Ayuntamiento de la isla de Mallorca, habiendo yo desmentido a un coronel, natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron a sacarme al campo, los nombres de los cuales eran, Dios les perdone, Campos, Pineda, Osorio, Campuzano, Trillo el Cojo, Perotete el Zurdo y Janote el Desgarrado. Los cinco maté y los dos tomé a merced.

SEBASTIANA.— ¡Válame Dios, qué tan gran hazaña! Mas las orejas, dime, señor, ¿cómo las perdiste?

SIGÜENZA.— A eso voy. Que, viéndome cercado de todos siete, por si acaso viniésemos a las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo, usando de ardid de guerra, me las arranqué de cuajo. Y arrojándoselas a uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo; donde al catorceno día murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA.— ¡Válame Dios, qué golpe tan cruel! ¿Qué fuera si le dieras con piedra o con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste? Mas, ¿cómo dice aquella pulga que anduviste no sé qué tiempo

en las galeras por ladrón?

SIGÜENZA.— ¿Ladrón? ¡Ah, putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo, o rufián por mejor decir, Estepa! ¡Ah, Estepilla, Estepilla! ¿No vendrían a tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazón?

SEBASTIANA.— ¿Ello es ansí que fuiste en galera?

SIGÜENZA.— Es la verdad, que anduve en la galera *Bastarda*, contra mi voluntad, no sé qué años. Mas, mirad qué va de ladrón a hombre vividor.

SEBASTIANA.— ¿Qué llamáis vividor, señor Sigüenza?

SIGÜENZA.— ¿No te paresce qu'es harto buena manera de vivir salirse el hombre a la plaza de mañana y volverse antes de mediodía con la bolsa llena de reales, sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA.— Harto bueno es aqueso.

SIGÜENZA.— Cat'ahí, pues, por qué afrentan a un hombre de honra y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo puedan usar, y an por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA.— ¿Cómo limpiamente?

SIGÜENZA.— ¿No te paresce qu'es harta limpieza y destreza de manos traer cuatro o cinco bolsas y faltriqueras a casa, sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA.— Oye, que Estepa viene.

SIGÜENZA.— Por tu vida, ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA.— ¿Para qué?

SIGÜENZA.— Tenla tú y calla, que éstos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA.— ¡Ah, Sigüencilla! ¿Paréscete bien de blasonar de quién vale

más que tu linaje, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGÜENZA.— ¿Yo, señor Estepa? ¿Qué blasoné?

ESTEPA.— Agradesce que estás sin espada.

SEBASTIANA.— [*A SIGÜENZA.*] ¡Tómala, Sigüenza!

SIGÜENZA.— [*A SEBASTIANA.*] ¡Quítamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea!

ESTEPA.— Di, bellaco: ¿no te paresce que esa tu mujercilla no es bastante para descalzar el chapín de la mía?

SIGÜENZA.— Espérese, señor; certificarm'e d'ello. ¿Es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA.— ¡Pues no será! ¡Si en mi vida le he visto traer chapines!

ESTEPA.— Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento. Y vos, don ladrón, tomá vuestra espada.

SIGÜENZA.— Que no es mía, señor, que un amigo me la dejó con condición que no riñese con ella.

ESTEPA.— Pues desdecíos, como a cobarde que sois, de lo que dejistes delante de vuestra amiga.

SIGÜENZA.— ¿De qué, señor?

ESTEPA.— De que me habían azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGÜENZA.— ¿Desdecirme? No, no, no me paresce cosa suficiente. [*A SEBASTIANA.*] ¿Qué's de la espada?

SEBASTIANA.— [*A SIGÜENZA.*] ¡Hela!

SIGÜENZA.— [*A SEBASTIANA.*] Quítala de ahí, no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA.— Acaba, ladrón azotado.

SIGÜENZA

.— ¿Ladrón azotado? ¡Sús! Perdóneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA.— ¿No...? ¡Pues aguardá!

SIGÜENZA.— Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si a vuestra merced le placiere.

ESTEPA.— ¿De qué suerte? Veamos.

SIGÜENZA.— D'ésta: qu'es muy gran verdad que lo dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso. No hay más que tratar.

ESTEPA.— Pues más habéis de hacer.

SIGÜENZA.— Haré cuanto vuestra merced mandare.

ESTEPA.— Que me deis l'espada.

SIGÜENZA.— ¿Cómo daré lo que no es mío, señor?

ESTEPA.— Digo que me la habéis de dar.

SIGÜENZA.— Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA.— Esperá, que por fin y remate habéis de recebir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices, bien pegados.

SIGÜENZA.— ¡Señor, por amor de Dios! Si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarrodrigos.

ESTEPA.— ¡Sús! Arrodillaos, porque más devotamente los recibáis.

SIGÜENZA.— Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antojare.

ESTEPA.— Ea, dueña, ¿qué aguardáis? Dalde recio.

SIGÜENZA.— ¡Oh, pésete a quien me vistió esta mañana!

ESTEPA.— Tened tieso ese pescuezo.

SIGÜENZA.— ¡Señora Sebastiana, *miserere mei*! ¡Pasito, no tan recio!

ESTEPA.— Bien está; dejaldo para quien es. Veníos conmigo.

SIGÜENZA.— ¿La moza se me lleva? ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Igual fuera no desdecirte y reñir de bueno a bueno con este Estepilla, y no quedaras sin honra y despojado de moza y harto de pasarrodrigos. ¡Ay, narices mías, que aún me duelen! En seso estoy de ponellas en un culo de un perro por que se ablanden. ¡Sús! En seguimiento me voy de mi Sebastiana.

La generosa paliza

Sexto paso, muy gracioso, agora nuevamente compuesto por Lope de Rueda. Introdúcense en él las personas siguientes bajo escritas:

DALAGÓN, *amo.*
PANCORVO, *simple.*
PERIQUILLO, *paje.*
PEIRUTÓN, *gascón.*
GUILLEMILLO, *paje.*

DALAGÓN.— ¡Que sea verdad esto, ribaldo tacaño!

PANCORVO.— Sí, sí pienso que será, pues vuestra merced lo dice. Déjeme por su vida, ávese de ahí.

DALAGÓN.— En fin, ¿que verdad es?

PANCORVO.— ¿Lo qué, señor?

DALAGÓN.— ¿Lo qué, diz? ¿Qué? Comerme la libra de los turrones de Alicante que estaban encima del escriptorio.

PANCORVO.— Eso, no.

DALAGÓN.— En fin, ¿que miento?

PANCORVO.— Yo no digo que miente, sino que no es verdad.

DALAGÓN.— ¿Que no? Esperá un poco.

PANCORVO.— ¡Ah, paso, señor! Suélteme, que yo lo diré quién se los ha comido.

DALAGÓN.— Veamos quién, acabemos.

PANCORVO.— Vuestra merced ha de saber que yo no, no..., que yo...,

qu'el... ¿Cómo se llama? El... ¿Cómo se dice? Desviese un poco de la puerta, por que no nos oiga nadie. Que Periquillo los ha traspuesto.

DALAGÓN.— Cata qué dices...

PANCORVO.— Sin falta; porque yo sé qu'es gran comedor de turrones. Mochacho que se los come sin pan, delo a la gracia de Dios.

DALAGÓN.— ¡Periquillo!

PERIQUILLO.— ¿Quién llama?

PANCORVO.— Salí acá, Periquillo; el señor es, que os quiere hablar en secreto.

PERIQUILLO.— ¿Qué manda?

DALAGÓN.— ¿Qué mando? ¡Tomá, don bellaco, goloso!

PERIQUILLO.— ¡Y..., señor! ¿Por qué me da?

PANCORVO.— Llevaos eso entretanto que lo sepáis.

PERIQUILLO.— ¡Válame Dios! Señor, ¿no sabremos por qué me dio?

DALAGÓN.— Porque os comistes...

PANCORVO.— Sí, por eso, porque os engolistes...

DALAGÓN.— ¡Calla tú! Porque os comistes una libra de turrones qu'estaban encima del escriptorio.

PERIQUILLO.— ¿Yo? ¿Quién lo dice?

DALAGÓN.— Éste.

PERIQUILLO.— ¿Tú lo dices?

PANCORVO.— Yo lo dije, pero no creo que será Periquillo, señor, porque es honrado mozo y no tiene menos que valer. Errado m'e, pecador de mí, que por decir Gasconillo dije Periquillo.

PERIQUILLO.— ¡En fin, que tu yerro había de caer sobre mis espaldas!

PANCORVO.— Calla, hermanico, ten paciencia, que algún día pagaré quizá por ti.

DALAGÓN.— Anda, pues, llama al Gasconillo.

PANCORVO.— ¡Gasconillo!

GASCÓN.— *Qui vos pras, qué volets? Aguardats un pauch*.

PANCORVO.— Creo que se los está comiendo; llámele vuestra merced.

DALAGÓN.— ¡Gasconillo!

GASCÓN.— *Qué mandats? Diu us dé saylud tuta una maysada? Craves de Diu! Qué's acró, señor? Qué vos debi? Por qué vos arrencorats contra mí?*

PANCORVO.— ¡Dele, señor, dele! ¡No pare, adelante! Una primera, otra por mí, que bien lo meresce.

GASCÓN.— *No me direts, si hu pras o si hu pesa, por qué me habets sacudits desú la costielles?*

DALAGÓN.— Porque os habéis comido los turrones de Alicante.

GASCÓN.— *Jesú, Jesú! Sancta Bárbera! Yo turrions?*

DALAGÓN.— Sí, tú, turrones d'encima del escriptorio.

GASCÓN.— *E qui vo l'a dit?*

PANCORVO.— Yo sé quién lo ha visto.

GASCÓN.— *Per la San Diu, que vos mentíes desús la meitá de la gorja! Que yo no l'a manjat le turrions de l'escritiura! Vo l'abé vist, amor dis cans?*

PANCORVO.— No, no creo que es él, pues que lo jura. Perdona, Gasconillo.

GASCÓN.— *Agoras me dicets «perdonay», chocarrayro, argines de pan? Paresce vo bona consecuensa?*

PANCORVO

.— ¿D'eso te enojas? Antes te debes holgar por ello.

GASCÓN.— *E por qué m'e de folguiar?*

PANCORVO.— Porque ternás anticipado el recibo para cuando al señor algo le debieres.

GASCÓN.— *Pillats le vos tau recebemento e botets le en vostra causa, truncho de quiol, rábano de leytugas!*

DALAGÓN.— Acabemos ya. Pues dices que ninguno d'estos dos se los ha comido, sepamos quién se los comió. Salgan estos turrones; si no, yo te los sacaré de las costillas.

PANCORVO.— No me perturbe vuesa merced, que yo se lo diré punto por punto. Espere, yo pienso justa mi consciencia... Ven acá, Gasconillo.

GASCÓN.— *E para qué me cramas?*

PANCORVO.— ¿Paréscete a ti que se los ha comido Guillemillo?

GASCÓN.— *Gallamillo? El que me vinets a panar la botifarda anuenyt de le gradielles?*

PANCORVO.— Así, a ése.

GASCÓN.— *Tú dices la vertá; ése l'a manjat*.

PANCORVO.— Ya ve vuesa merced cómo el Gasconillo dice que a Guillemillo se los vio comer.

GASCÓN.— *Sí, Gallamillo*.

DALAGÓN.— Llámale; veamos si habemos de desmarañar este negocio de turrones.

PANCORVO.— ¡Guillemillo!

GASCÓN.— *Gallamillo!*

GUILLEMILLO.— ¿Qué voces son éstas?

DALAGÓN.— ¿No saldrás?

GUILLEMILLO.— Ya salgo. ¿Qué quiere, señor?

DALAGÓN.— Lo que quiero es esto: ¡tomá, don rapaz!

GUILLEMILLO.— ¡Ay, ay, señor, por amor de Dios!

PANCORVO.— ¡Dele, señor, no pare, pues por amor de Dios le pide!

GASCÓN.— *Botats ne mays, siñor! An agoras pagarats le turrions e la botifarda tot en un cop*.

GUILLEMILLO.— ¡Pecador de mí, señor! ¿A qué fin me dio?

DALAGÓN.— ¿A qué fin, cara sin vergüenza?

PANCORVO.— ¡Bien lo sabréis, vergüenza sin cara!

GASCÓN.— *Carats, moyrro de fuyrón, que siñor vos o diray!*

DALAGÓN.— A fin que se os pueda fiar cualquiera cosa de comer.

GUILLEMILLO.— ¿Qué cosa?

DALAGÓN.— ¿Qué cosa? Dime, desvergonzado: ¿y los turrones que estaban encima del escriptorio? ¿Qué's d'ellos?

GUILLEMILLO.— ¿Los turrones, señor? ¿No me los pidió él que se los diese, y los encerró de su propia mano dentro del escriptorio?

DALAGÓN.— ¡Por vida mía, que dice verdad! ¿Habéis visto qué gran descuido que ha sido el mío?

GUILLEMILLO.— ¿Y paréscele bien haberme dado sin culpa?

PANCORVO.— ¿Y a mí molerme aquestas espaldas, que no parescía sino molino batán, según descargaba?

PERIQUILLO.— ¡Y a mí, pajas!

GASCÓN.— *E qué vo paresce de acró, de aquestos neguecios o facendas, mustramo?*

DALAGÓN

.— ¿Qué me paresce? Es, porque no estéis quejosos de mí, que se partan los turrones en cuatro partes, y en pago de la disciplina se lleve cada uno su pedazo.

PANCORVO.— Eso es, señor. En cuanto a su propuésito, aguarde un tantico. ¡Mochachos, a consulta! Tú, Perico, ¿quies turrones?

PERIQUILLO.— Yo, ni aun vellos.

PANCORVO.— ¿Y tú, Guillemillo?

GUILLEMILLO.— Yo, ni aun gustallos.

PANCORVO.— ¿Y tú, Gasconillo?

GASCÓN.— *Yo, botats los sus la fiorca*.

PANCORVO.— ¿Queréis que nos esquitemos todos de la paliza?

TODOS.— Sí.

PANCORVO.— ¿Tú no le volverás tu parte?

PERIQUILLO.— ¡Pues no!

PANCORVO.— Pues aguardad. Mosamo, oiga, si manda.

DALAGÓN.— ¿Qué quieres?

PANCORVO.— Allegue a conversación, que ya'stamos concordados.

DALAGÓN.— ¿Y es...?

GASCÓN.— *Siñor, acró es la concordanza: carayson, caralaysones! Tom'ahí, manjar vos podíes las turriones!*

DALAGÓN.— ¡Paso, paso!

PANCORVO.— ¿Pasáis? Pues yo envido.

GUILLEMILLO.— Yo, lo que puedo.

PERIQUILLO.— Yo, lo que alcanzo.

Lope de Rueda



Lope de Rueda (Sevilla, c. entre 1505 y 1510-Córdoba, c. 1565) fue un dramaturgo español de gran versatilidad que escribió comedias, farsas y pasos (o entremeses), además de uno de los primeros actores profesionales de España. Se le considera el precursor del Siglo de Oro del teatro en España.

Lope de Rueda es uno de los autores más importantes del siglo XVI. Considerado el fundador del teatro popular y profesional español, ha pasado a la historia literaria y teatral como el creador de los pasos o

entremeses, si bien sus representaciones teatrales se incluyen en las prácticas escénicas al uso, lo que demuestra su gran profesionalidad como autor, representante y director de compañías teatrales. Aunque se acepta unánimemente que nació en Sevilla y su padre fue Juan de Rueda, no sabemos nada sobre la fecha de nacimiento ni sobre su educación, a no ser los datos aportados por Cervantes, quien nos informa de su oficio de batihoja,